

(02038)

Inaugurando el curso

—Bien, podemos empezar la reunión pues ya estamos todos.

Belmonte, el director del Instituto Fernando Orejuela, había convocado a las diez de la mañana a la Jefa de Estudios, al profesor de Educación Física, al coordinador del Departamento de Actividades Complementarias y Extraescolares, a don Faustino –como profesor de más edad- y a la presidenta de la Asociación de Madres y Padres (AMPA).

—Tal como habíamos quedado en la última reunión del Consejo Escolar del curso anterior, vamos a organizar una jornada de inauguración del curso. Tiene la palabra Cecilio.

-Dado que todos los alumnos y profesores tendremos por esas fechas una depresión postvacacional de caballo, en el Departamento hemos pensado que un buen modo de ir haciéndola desaparecer sería hacer unas jornadas lúdico-deportivas que sirvan para la confraternización, el desfogue y el despiporre...

—¿Y en qué consiste tanto desfogue y tanto despiporre? —preguntó la presidenta del AMPA, mujer de mucha voluntad pero de pocas entendederas.

—Habrá actividades de muy variado pelaje: exposiciones de trabajos veraniegos, salidas al campo, actuaciones musicales, juegos de mesa... Un popurrí de aconteceres delirantes para alegrar las pajarillas a alumnos, profesores, padres y conserjes.

—Perdona que te corte, Cecilio —quien abría la boca era la Jefa de Estudios— pero deberíamos acostumbrarnos todos y todas a usar las nuevas directrices lingüísticas que llegaron al Centro el curso pasado. Ya sabes, alumnos y alumnas, profesores y profesoras... Además, es una deferencia obligada hacia doña Juana...

—Ejem..., la Jefatura de Estudios tiene razón. Una cosa es el lenguaje cotidiano y otra el académico. Este es un acto enmarcado dentro de lo académico...

—¿Aquí a qué hemos venido, Belmonte, a hablar sobre el sexo de los ángeles y las ángelas, o a ver cómo se despiporrea toda la comunidad educativa el próximo día 20? —don Faustino, que pensaba hablar poco en aquella reunión, se vio urgido a intervenir—. Además, nuestra querida presidenta de la APA o AMPA pasa de estas disquisiciones tan tontuelas. ¿Verdad, doña Juana?

—Le asiste toda la razón, don Faustino. Particularmente prefiero ser presidenta de la APA y no de la AMPA. No quiero tener problemas con la policía —y se rió de su propia gracieta—, aunque con ello pueda ser tachada de antigua. Por mí no lo hagan...

Aquel principio de discusión (intelectual, por supuesto) se prolongó durante una hora, al cabo de la cual se llegó a la conclusión de que el objeto de aquella reunión no era “hablar sobre cómo hay que hablar sino hablar sobre lo que hay que hablar”. Un poco lioso pero se entiende, ¿no?

—Bien, señores, son las once de la mañana y todavía no hemos vendido una escoba —el Director se vio en la obligación de cortar aquel mal rollo—. Vamos al grano, Cecilio. Haz fotocopias sobre la propuesta del Departamento e intentamos hacerla definitiva con nuestras aportaciones personales. Parece ser que el momento cumbre de la jornada serán los partidos de fútbol que se celebrarán por la tarde, ¿no?

—Efectivamente. Hemos pensado que se celebren dos encuentros: a las cinco jugarán los alumnos de cuarto de ESO y a las seis lo harán los de Segundo. Cada partido durará cuarenta minutos repartidos en dos tiempos de veinte con un descanso de cinco minutos para reponer fuerzas y hacer examen de conciencia.

Mientras Cecilio salía a hacer las fotocopias pertinentes, con el alivio que cabe suponer en los dos miembros del equipo directivo del Instituto —don Ceci es el típico ingeniosillo “tocapelotas” y “tocatetas” que siempre hay en todo colectivo de profesorado— tomó la palabra Carlos, el profesor de educación física, quien había llegado al Instituto a principios del curso anterior.

—¿Y quién va a arbitrar los partidos? Porque, en el de segundo de ESO, don Faustino y yo somos los tutores...

—No hay problema. Uno de los padres de la Asociación es árbitro de regional y se ha prestado a hacerlo desinteresadamente —el Director ya lo tenía todo previsto.

—Yo, si se me permite, preferiría que los partidos fuesen de baloncesto o de balonmano, como se hizo el año pasado, el primero en que se organizaba este tipo de jornada inaugural del curso. No sé, el fútbol, aunque sea en un campo de futbito, despierta demasiadas pasiones y no me gustaría que en el ardor del juego se perdiesen las buenas maneras y la buena educación. Ya sabemos lo que pasa en los recreos, que siempre hay gresca a cuenta de la dichosa pelotita...



—¡Es usted un antifutbolero, don Faustino! —le recriminó, torciendo el morro, el profesor de gimnasia.

—Me gusta que los chavales hagan deporte por placer y con el fútbol se les está inoculando demasiada competitividad...

—Eso también ocurre en los deportes que ha citado antes...

—No vamos a ponernos a discutir otra hora sobre las bondades de unos deportes sobre otros. Yo sólo aviso del riesgo, si es que mi opinión de perro viejo cuenta para algo.

—Si no hay competitividad no hay progreso y si no hay progreso no hay educación —sentenció Carlos.

—A los niños hay que mantenerlos físicamente activos en plan divertido y no de forma competitiva... —replicó don Faustino.

—Si no hay competición no hay diversión. Está demostrado —le replicó Carlos.

—Aquí no se trata de forjar campeones sino personas sanas, demonios... —el viejo profesor no comprendía la argumentación de aquel joven novato al que doblaba en edad.

—Demos el tema por zanjado —intervino el Director viendo que la reunión podía irse otra vez por los cerros de Úbeda—. Los chavales se lo pasarán muy bien jugando esos partidos anunciados, se los tomen como se los tomen. Ah, aquí llega Cecilio con las fotocopias...

La reunión acabó casi a las dos de la tarde. Sorprendentemente, con éxito. La suerte estaba echada.

..... ||

La tarde de aquel día 20 fue terriblemente calurosa. Los termómetros echaban humo dentro y fuera del terreno de juego. Tal como estaba previsto, a las cinco de la tarde empezó el primer partido entre las dos clases de 4º de ESO. El encuentro fue de guante blanco porque a esa hora tan temprana y tan atorrante lo que apetecía al personal era más bien estar metido en la piscina o durmiendo la siesta. El señor Roque, árbitro federado que pitaba en categoría regional, llevó con mano firme el discurrir del encuentro no admitiendo la más mínima protesta de los jugadores. La verdad es que imponía mucho su uno noventa de estatura y su cara de pocos amigos. Ambas cosas le venían de familia y por mucho que intentaba ser amable con los jugadores, al menor descuido le salía la autoridad que llevaba pegada al silbato. Una autoridad que debía sumarse a la



que le confería la profesión con la que se ganaba el pan y las lentejas en los días de diario: policía municipal. Entre el sopor de la tarde (pese a que unos toldos cubrían el campo) y la pétrea mirada del trencilla, los jugadores no abrieron el pico en ninguno de los cuarenta minutos que estuvieron trotando sobre el campo. La verdad es que aquellos adolescentes de cuarto curso pasaron bastante del partido.

Tras un leve descanso, a las seis de la tarde, debía comenzar el último encuentro, el que disputarían las aulas de 2º A y de 2º B, cuyos tutores-entrenadores eran don Faustino y Carlos, el profe de gimnasia. Sin embargo, surgió un imprevisto.

-Sí, dígame...

-Roque, te llamo desde el Cuerpo de Guardia del Ayuntamiento. Necesitamos que vengas lo más urgentemente que puedas...

-Pero si estoy en el Instituto Orejuela arbitrando unos partidos de fútbol... El Jefe me ha dado permiso con el visto bueno del alcalde...

-Pues lo siento, Roque, pero hay un follón aquí dentro que no veas. Y fuera. Necesitamos a todos los efectivos disponibles ahora mismo. Así que recoge los bártulos y vente para acá echando leches.

—¿Pero cómo me voy a presentar vestido de árbitro?

—Ese no es mi problema sino el del Jefe. Yo sólo soy un mandado. A mí me han dicho que te diga que vengas para acá ahora mismo y eso es lo que te estoy diciendo. Lo mismo, con ese disfraz, eres capaz de poner un poco de orden aquí...

Aquella urgencia obligó a retrasar el inicio del partido. Hacía falta un árbitro. Poco a poco llegaba más gente al Instituto pues muchos padres ya estaban de vuelta del trabajo, el calor era más soportable y, sobre todo, no querían perderse el inenarrable espectáculo de ver a sus chicuelos imitando a Messi, Ronaldo y Cía. Por allí apareció también Sebastián Matute, cuyo hijo Sergio era la "estrella" del equipo de don Faustino. En el otro bando la figura estelar era Miguel Ángel, quien cuatro veces por semana entrenaba en una de las secciones de la cantera del Rayo. El partido se presumía muy disputado pues los chaveas de Segundo eran más ardientes e inquietos que los de Cuarto. Sin embargo, la ausencia obligada del árbitro Roque planteó un serio problema a la organización.



—He sondeado a algunos padres y nadie quiere hacer de árbitro —Belmonte, el dire, sudaba la gota gorda por el calor, por el problema inesperado y por su exceso de peso—. Alguno me ha dicho que no quiere que nadie le miente a su querida madre. Un chistoso...

—Yo arbitraría si tuviese bien el remo —dijo don Faustino, tocándose la pierna mala— pero con esta pata de palo cualquiera es el guapo...

—Yo no tengo ningún problema en hacerlo —terció el profe Carlos— pero al ser juez y parte en el invento corro el riesgo de ser bastante parcial, aunque pretenda evitarlo.

-Hagamos una cosa —replicó Belmonte—. Cada uno arbitraréis una parte y así nadie podrá argumentar favoritismos. Don Faustino hará lo que pueda con su pierna mala y don Carlos hará lo que pueda con su parcialidad.

El viejo profesor iba a protestar pero casi toda su clase, que andaba por allí poniendo la oreja a ver qué decía aquel triunvirato, comenzó a aplaudir. Quizás porque pensaban que el profesor de Gimnasia barrería demasiado para casa, es decir, para Segundo B.

—¿Y qué táctica va a emplear, don Faustino?

El que hacía semejante pregunta era Sebastián Matute, quien se había escondido entre el público mientras el director del Instituto solicitaba un improvisado árbitro para el partido. Su impaciencia por saludar al viejo profesor le jugó una mala pasada.

—La de todos a una, como en Fuenteovejuna. Por cierto, ya podrías arbitrar en mi lugar, porque esta pierna la tengo hecha cisco. Dios y el Barça te lo agradecerán...

—No me hace ni pizca de gracia, pero... —Matute se lo pensó unos segundos— lo haré por usted, que no por Belmonte.

—Ya sé que no os lleváis bien por cosas de la estúpida rivalidad entre el Madrid y el Barcelona, pero ahora tenéis un punto en común: el Rayo.

—No me lo recuerde porque me entran escalofríos. En fin, hoy por ti y mañana por mí, que dice el refrán...





Cada “entrenador” decidió aplicar la táctica que mejor convenía a sus intereses y forma de pensar. Mientras Carlos seleccionó a los siete mejores jugadores de la clase tras sondear entre la chavalería, don Faustino pensó que debían jugar todos sus alumnos, y como había 21 en aquellos momentos, los organizó de forma mixta en tres equipos.

—Don Faustino, nos van a dar una paliza —el Sergio se olió la tostada—. La otra clase va a jugar sólo con los mejores jugadores y nosotros somos una multitud...

—Si todos queréis jugar, todos jugaréis un rato.

—¡Pero si Martita no sabe lo que es un balón de reglamento y Manuela no digamos!

—Tiene razón el Sergio, profesor —el deportista de la clase, Rafa, también era de la misma opinión—. Vamos a hacer el ridículo. Lo menos nos meten ocho...

—¿Y qué? —contestó Natalia, la chica más ingeniosa de la clase—. Aquí no hemos venido a jugar la Champions esa sino a echarnos unos trotes y unas risas.

—Eso está garantizado, Nati —le contestó con la boca pequeña el Sergio, quien bebía los vientos por ella.

—No hagamos de una comedia un drama —remató don Faustino—. El que tenga miedo de perder o de hacer el ridículo, puede ver el partido todo el rato desde el banquillo.

Aquellas palabras hicieron mella en los dos protestones. Y temiendo ser calificados como timoratos y cobardicas, juraron mutuamente dejarse el pellejo en aquel partido presuntamente tan desigual para demostrar a todos que ellos estaban por encima de los demás. Menos de Miguel Ángel, claro...

—Me alegra mucho verle de nuevo, don Faustino.

Quien así se dirigió al viejo profe era Tomasa García, madre de Margarita, la “artista” de la clase.

—Mami, voy tres goles a marcar... —le dijo Margarita—. De penalti, uno.

“Duro trabajo tengo por delante con esta chiquilla” —pensaba don Faustino mientras daba dos besos a doña Tomasa—. “Sobre todo para convencerla de que lo suyo, ser locutora de radio, no lo tiene fácil como siga hablando así”.



—¿Qué tal, profesor? ¿Cómo va esa vida?

Quien ahora reclamaba la atención de nuestro hombre era Pedro López, el padre de Margarita. Don Faustino lo saludó con una sonrisa improvisada.

—Ya ve, aquí, haciendo el ridículo en esta tarde de fútbol. Si pudiera, saldría corriendo...

—No se preocupe. Todo irá bien. Aquí le presento al hermano de Marga. Está en cuarto de Primaria. Este sí que sabe de fútbol. A ver, Pedrito, hazle una demostración a don Faustino...

Antes de que el profesor pudiera objetar algo, como que tenía que ir urgentemente al servicio o que le llamaba el director, aquel mocoso vestido con una camiseta del Rayo de Mospintoles se puso a gritar como un poseso.

—¡Lleva la pelota Metzger, se desplaza hacia la izquierda del círculo central, la pasa a Piquito, este se revuelve entre dos contrarios y los deja planchados, de tacón se la cede a Revuelta, quien —ahora los gritos derivaron en rebuznos— se la devuelve por la derecha! ¡¡Piquito arranca en posición legal, dribla al defensa central forastero, se inclina hacia la izquierda, saluda al público y tira un pepinazo con el empeine de su prodigiosa pierna derecha que... se cuele por toda la escuadra!! ¡¡¡GOOOOOL, GOOOOOOOI, GOOOOOOL!!!

Mientras Pedrito, rojo como un tomate, gritaba alborozado como si el gol estuviese produciéndose en esos momentos, todos los que estaban por allí cerca, padres, hijos y espíritus santos, prorrumpieron en una gran ovación. Su padre no cabía en sí de gozo.

—¡Qué pedazo de Matías Prats tengo en casa! —decía a quien le quería oír, o sea, a todo el mundo. Sólo don Faustino callaba como un muerto aunque la procesión iba por dentro. De todas las palabras que le vinieron a la mente y que se tragó enteritas por cosa de la buena educación y las mejores formas, se quedó con una: patético. Aquello que acaba de presenciar era patético.

Afortunadamente el dire Belmonte agarró en esos momentos el megáfono para anunciar el comienzo del partido. Don Faustino escogió a voleo los primeros siete jugadores y les deseó suerte.

—La vamos a necesitar, don Faustino. La vamos a necesitar... —dijo Rafa, pesaroso.

—Calla, cenizo, ni que fuésemos a la guerra... —replicó Martita, la delegada. Sí, la que estaba negada genéticamente para darle un atinado puntapié a una pelota. Pronto haría de las suyas...



..... IV

El partido entre 2º A y 2º B no sólo difería en la estrategia desarrollada por sus profesores- entrenadores en cuanto a la formación de los equipos sino también en la táctica dentro del campo. Mientras el equipo de Carlos, el profesor de gimnasia, se distribuía en un clarísimo 3-2-1, donde Miguel Ángel, la estrella, jugaba en punta, el conjunto de don Faustino actuaba como una manada de elefantes. Allí no había ni orden ni concierto, simplemente, todos iban a por la pelota y cuando podían darle, patadón y tentetieso. Esta actitud sorprendió a sus rivales, que se sabían muy superiores desde el inicio del encuentro. Aquello era un correcales. Las tres chicas del equipo faustinerero, a priori analfabetas futbolísticas integrales, jugaban con un brío y un entusiasmo que dejaba admirados a todos los espectadores. En esta situación de juego tan enmarañado, quien llevaba las de perder era el árbitro, o sea, el señor Matute, porque con tanta gente alrededor del balón era muy difícil adivinar quién demonios hacía falta o tiraba fuera la pelota. Hasta un árbitro profesional las habría pasado canutas. De modo que pronto empezaron a llover las protestas de los jugadores y de la gente que veía aquel partido de rugby, perdón, de fútbol siete.

—¡Árbitro, ha sido falta clara! —se oyó gritar a un espectador desde una de las esquinas del campo.

—¡Sal tú y arbitra, macho! ¡Seguro que lo harás mejor! —respondió bien fuerte Matute.

El público aplaudió su respuesta en medio de una carcajada general. La gente se lo estaba pasando bien, sobre todo viendo cómo los pequeños diablillos de Segundo A no daban un balón por perdido (acudían todos a la vez), desarbolando a un equipo contrario que no creía lo que veía. Miguel Ángel no tocaba bola. Estaba claro que los jugadores técnicos no podían hacer nada ante aquella manada de elefantes que trotaba sin parar arriba y abajo detrás del balón. Pronto los chicos del profesor Carlos no tuvieron más remedio que olvidarse de tácticas preconcebidas y ponerse a correr como sus rivales. Las melées eran continuas. A veces el balón desaparecía entre tanta pierna y no había forma de verlo hasta que de golpe salía disparado por un patadón imprevisto. En el minuto 13 don Faustino decidió efectuar cambios en su equipo y ante la atónita mirada de todos los espectadores y del equipo rival, quitó a todos sus jugadores, sustituyéndolos por gente de refresco. Entre ella estaba el Sergio y cuatro chicas altas y espigadas que habitualmente jugaban al baloncesto.

—Aquí ya la palmamos —musitó el Rafa ante la mirada encendida de don Faustino.



—Como digas otra tontería más, no juegas cuando te toque... -le replicó el profe, harto ya de aquel pesimista con tan poca confianza en sus posibilidades.

Pocos segundos después ocurrió un pequeño milagro. Un balón salió despedido de la tela de araña que formaban casi todos los jugadores. El Sergio, que estaba por allí algo despistado, lo vio venir. Lo paró, se lo echó hacia su pierna buena, la derecha, y arreó un zambombazo que salió directo hacia la portería rival. Aunque el portero pudo pararla con las manos, la pelota llevaba tanta fuerza que se las dobló y atravesó suavemente la línea de gol. Las chicas de Segundo A se fueron detrás del Sergio y empezaron a besarlo locas de alegría. Los jugadores de Segundo B se miraron sin entender nada. Su profesor les arengó, vamos, somos mejores, ha sido un golpe de suerte, hay que entrar más fuerte, el partido es nuestro... En fin, lo que se dice en estos casos. Lo cierto es que el equipo de don Faustino seguía corriendo de aquí para allá sin desmayo, en tropel, persiguiendo la pelota donde esta se fuese, como si les fuese en ello la vida. La gente estaba admirada y sorprendida de aquel guirigay. Fútbol, lo que se dice fútbol, había poco –tan poco como suele haberlo en la mayoría de los partidos disputados por profesionales millonarios- pero energía e ilusión, había para dar y tomar.

..... V

Tras el gol, cuando el partido se reanudó, sólo faltaban 3 minutos para el final de la primera parte. Algunos de los jugadores de la clase B empezaban a notar cierto cansancio, quizás aburridos de no poder desarrollar su potencial futbolero por culpa de aquellas seis moscas cojoneras rivales que no dejaban de ir tras el balón ni a sol ni a sombra. Así que algunos empezaron a enfadarse entre ellos y con el árbitro.

—Ha sido falta, árbitro —dijo Vicentín, un centrocampista fortachón que no levantaba dos palmos del suelo y al que venía repateándole mucho que varias de aquellas chicas tan altas y espigadas, que no tenían ni idea de fútbol, no le dejasen tener la posesión de la pelota ni un segundo. Pero Matute se mantuvo en su sitio.

—Chaval, tú a jugar y yo a arbitrar, ¿vale?

Faltaba un minuto para el final de la primera parte cuando, de la enésima melée, salió rebotado el balón hacia Miguel Ángel, otro que estaba frustrado por no poder desplegar su excelente juego. Debió de decirse, esta es la mía, tengo un par de metros de ventaja y esas mosconas no tendrán tiempo de alcanzarme. Avanzó con la pelota pegada al pie, se plantó delante del portero



rival, lo dejó sentado en el suelo con un hábil regate y cuando iba a disparar a puerta vacía... Llegó el Sergio y no tuvo más remedio que mandarlo al suelo.

—¡Penalti y expulsión, árbitro! —reclamó otra vez el Vicentín Vicentón.

Matute se encontró de pronto con un terrible dilema. Objetivamente, el Sergio, su propio hijo, se merecía la expulsión. Dudó unos segundos, como si esperase que su cabeza le diese la orden, venciendo las reservas emocionales de su corazón paterno. Cuando miró a don Faustino, que le hacía gestos de resignación, comprendió que sólo podía adoptar una decisión. Primero se dirigió a Miguel Ángel para ayudarlo a levantarse pues el chaval estaba haciendo ya demasiado teatro tirado en el suelo. Luego, se fue al punto de penalti y lo señaló. Finalmente, se acercó hacia su hijo y le dijo “lo siento”, y lo mandó fuera del campo. Pero todavía no había acabado. Llamó a Vicentín, le hizo gestos ostensibles de que cogiese el silbato y le dijo en voz baja.

—Arbitra tú, listo...

El público no entendía nada. Vicentín, que no esperaba aquella reacción, comenzó a dar síntomas de abatimiento. Afortunadamente no andaba por allí ni el padre ni la madre de Vicentín porque lo mismo habría habido gresca. Faltaba tirar el penalti, que ya tenía preparado Miguel Ángel, pero nadie daba la orden de tirarlo. Matute salía del terreno de juego cuando don Faustino le cogió por el brazo.

—Coño, Matute, que sólo es un crío... —La voz del viejo profesor apenas era audible para el resto del personal—. Manda tirar el penalti, pita el final de la primera parte y todo habrá acabado.

—¡Un mocoso no me dice lo que tengo que hacer! ¡Y, además, reincide!

La gente seguía sin entender nada. ¿Por qué el árbitro le había dado el silbato a un jugador? ¿Y por qué salía del campo y hablaba en voz baja pero algo acaloradamente con el entrenador del equipo al que le había pitado un penalti?

—Guarda tu orgullo para otro momento, Sebas. Actúa como un árbitro y un señor.



—Hazle caso, papá —el Sergio, que se había olido el percal, se acercó deprisa y anduvo al quite—. Los jugadores somos así, protestamos, somos mandones...

—Tenéis razón, cagoendiez... —El Sebas parece que atendía a razones—. Me he comportado como un vulgar forofo. ¡Eh, chicos, acaba la primera parte con el lanzamiento del penalti!

Con empate a uno acabó la aventura de árbitro de Sebastián Matute. Cuando pitó el fin de la primera mitad, dando el testigo arbitral al profesor de gimnasia, se retiró cabizbajo hacia donde estaba su hijo. Ningún espectador, nadie, tuvo la deferencia de agradecerle con alguna palmada cariñosa o con un breve aplauso su esfuerzo por ser juez de aquel partido. Sólo Belmonte, el director, acudió raudo a estrecharle la mano, pese a que ambos no se llevaban bien.

..... VI

El segundo tiempo fue un calco del primero. Sólo Miguel Ángel era capaz de llevar peligro a la portería rival. El partido seguía enmarañado, corriendo todos detrás del balón, cosa que no gustaba al nuevo árbitro, el profesor Carlos. Al cabo de siete minutos, don Faustino volvió a cambiar a todo el equipo entero. La última hornada de su clase se aprestaba a salir a defender bien alto su honrilla futbolera. Entre los entrantes estaba Rafa, el más deportista de los alumnos de 2º A y Martita, la más negada. Todavía faltaban 13 minutos de partido y todo el mundo era consciente de que, con un jugador menos, los chicos y chicas de don Faustino tarde o temprano sucumbirían ante Miguel Ángel y sus compis. Dos tiros al poste casi consecutivos por parte del canterano del Rayo presagiaban que pronto habría alteración en el marcador. Entonces Martita, sin querer, hizo una de las suyas...

Fue en un lance absurdo. Toni, el portero de Segundo A tenía la pelota en sus manos tras detener casi milagrosamente un disparo a bocajarro de Miguel Ángel. Rafa le pedía con urgencia el balón desde la banda izquierda. Martita estaba en el lado derecho, despistada, mirándose las uñas. A Toni se le escapó la pelota, quizás por culpa del sudor de sus manos, y ésta fue a caer cerca de Martita. El horror apareció en los ojos de todos sus compañeros. Cuando vio aparecer aquella cosa redonda cerca de sus piernas sólo tuvo una idea: quitársela de en medio como fuera. Miguel Ángel se dirigió hacia Martita a la velocidad del rayo. La chiquilla, viéndole llegar, se asustó todavía más y le arreó un patadón a la pelota con tan mala fortuna para Miguel Ángel que esta fue a darle de lleno en todas sus partes. El zagal comenzó a revolcarse por el suelo. Mientras Belmonte y el padre del chico se iban con él hacia los servicios y el botiquín, el partido se reanudó pero ya nada volvió a ser igual sin Miguel Ángel, la figura del partido. El juego se igualó nuevamente y Rafa se convirtió en el héroe del momento pues, gracias a su gran fondo físico, se multiplicaba de aquí para allí y de allí para acá supliendo la ausencia de dos jugadores de menos en el equipo: el Sergio, por su expulsión al final de la primera parte, y la Martita, por su nulidad.



Cuando faltaba un minuto para el final del partido pudo regresar Miguel Ángel, quien se incorporó de nuevo al campo. Lucía un aparatoso bulto en la entrepierna. Desde aquel día tuvo mucho éxito con las chicas, incluida Martita. El empate a uno proseguía. Todos estaban esperando ya el pitido final de Carlos, cuyo arbitraje había sido modélico a pesar de ser juez y parte. Sólo Rafa seguía con las suficientes fuerzas para correr sin desmayo detrás de todos los balones. En un último esfuerzo logró avanzar por entre varios jugadores contrarios y propios. Logró plantarse solo delante del portero pero en vez de disparar a puerta prefirió regatearlo. Mala idea porque notó como en el último toque la pelota se le fue unos centímetros. Los suficientes para perder su control. Entonces decidió jugar la baza del penalti. Chocó con el portero y se tiró aparatosamente al suelo. Unos vieron en la jugada la pena máxima. Otros sólo observaron la actuación de un excelente actor. El escándalo estaba servido. Don Faustino creyó haber visto sólo teatro mientras que Carlos, sorprendido por la jugada y la reacción del público, dudaba de todo. Entonces, temiendo ser acusado de excesivamente parcial a favor de su equipo si no pitaba nada, optó por señalar el punto de penalti. Si el árbitro del primer tiempo había sido capaz de expulsar a su propio hijo, por qué él no iba a pitar un penalti a su equipo. Era la opción que menos le comprometía ante el público y sus colegas de profesión.

Entonces ocurrió el último lance digno de escribirse en letras de oro en la crónica de aquel partido. Cuando Rafa se disponía a poner el balón en el punto fatídico para lanzar el penalti, don Faustino se le acercó y le dijo algo al oído. El chaval meneó la cabeza con aspavientos. El profesor siguió hablándole con calma. Entonces Rafa cogió el balón, se acercó a Martita, la cogió suavemente del brazo y le dijo que ella iba a tirar el penalti. No dudó la chavala. Ni pestañeó. Colocó la pelota, se santiguó, cerró los ojos y pegó un puntapié.

Dos a uno. La chiquillería de don Faustino había ganado el encuentro aunque todos los presentes afirmaban que aquello debería haber acabado en empate. Pero así es el fútbol: no siempre se impone la lógica. Sobre todo si por medio hay un inoportuno testiculazo y un erróneo penalti se lanza con los ojos cerrados.



Todos los intervinientes en el evento, jugadores y espectadores, estaban saludándose cordialmente cuando alguien recién llegado al Instituto empezó a comentar que algo gordo estaba pasando en el Ayuntamiento. Al parecer alguien se había subido al tejado y amenazaba con tirarse al vacío si el Consistorio no le pegaba medio millón de euros que le debía desde hacía varios años. También, al parecer, alguien vestido de árbitro intentaba mediar en el conflicto. La gente, ávida de emociones fuertes, quiso continuarlas y casi todo el

<http://www.mospintoles.com/>

mundo salió disparado en dirección al Ayuntamiento. En vista de lo cual, Belmonte, el director del Instituto Fernando Orejuela, dio rápidamente por finalizada la inauguración lúdica del nuevo curso.

—Espérame, Sebas, que no puedo ir tan deprisa como tú —se oyó decir a don Faustino—. Confía en el señor Roque. Es un árbitro excelente...

